

el TESORO DE
VULTURIA

FRANCISCO GALVÁN

IV PREMIO ATENEO DE
NOVELA HISTÓRICA



Un jurado compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero, Francisco Prior Balibrea, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, Fernando de Artacho Pérez Bázquez, Miguel Cruz Giraldez, M^a del Rosario Cuevas Zamora y actuando como secretario Antonio F. Bellido Navarro concedió el IV Premio Ateneo de Novela Histórica, convocado por el Excelentísimo Ateneo de Sevilla y Algaida Editores, a la obra *El Tesoro de Vulturia*, de Francisco Galván.

Primera edición: 2010

© Francisco Galván, 2010
© Ilustración de guardas: Israel Larios, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-455-9
Depósito legal: M-18.444-2010
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Luisa y Pablo

DRAMATIS PERSONAE

- ABEDURDIS: cabecilla arévaco que reside cerca de Astúrica.
- ALBERTO DE ANTIOQUÍA: preceptor de Hunerico durante su estancia en Roma como rehén del emperador Valentiniano.
- ANTEMIO: emperador romano de Occidente, un títere en manos de Ricimero.
- ANTONINO: senador romano.
- APULEIA: madre de Wulfric de origen griego, devota de los dioses clásicos paganos.
- ARCADIO: segundo de a bordo en el barco de Ilas, el macedonio.
- ATANASÉS: padre de Tarbalés, e hijo de Atax, último rey alano.
- ATAX: último rey alano, padre de Atanasés y abuelo de Tarbalés.
- AUDERICO: gobernador visigodo de Narbo.
- BASILISCO: comandante de la flota de ambos imperios derrotada por Genserico en 468 (futuro emperador de Oriente).
- BOSEILDÚN: sacerdote arévaco (naguduín) que enseña a Silvia Valentina los secretos de su religión.
- CECILIO: jefe de los leprosos.
- CEDRIC: conde, militar de origen huno.
- CINDAZUNDA: hija del rey suevo Hermerico.
- CLETO: un espía de Neufila en Roma.
- ELADIO: el leproso que substituyó a Cecilio al frente del gobierno de Vulturia.

- ELISEO: campesino, antiguo bagauda amigo de Fabio.
- EMILIA: esposa del senador Marco Vitelio.
- FAUSTINA: regente de la cantina *El Conejo Feliz*.
- FÉLIX: mayordomo del obispo Juliano.
- FESTO: religioso, asesor del papa Simplicio.
- GAUTERICO: conde, jefe de los visigodos en Hispania. Gran amigo de Wulfric.
- GENSERICO: Rey de los vándalos, hermanastro de Gunderico, al que sucedió en el trono.
- GUNDEMARO: obispo arriano de Cartago.
- GUNDERICO: rey vándalo, hermanastro de Genserico.
- HUNERICO: hijo y sucesor de Genserico.
- HERCAVIO: gobernador vándalo de Corsica.
- HERMERICO: rey de los suevos y padre de Cindazunda.
- HERMINIO: leproso asesinado.
- ILAS: macedonio, capitán de un barco mercante de Marpesio Silicio.
- IMUHAGH: (Malek, Labid, Ziyad, Ubayd, Idris), acompañantes de Tarbalés y miembros de las tribus del desierto del Sahara, antepasados preislámicos de los actuales tuaregs.
- JUAN: hermano, superior del convento de San Filastrio.
- JULIANO: obispo de Segovia.
- LUCIANO: superior del convento de San Acacio (agustinos) en tierra bereber.
- LEOFILDA: esposa del conde Gauterico.
- LOBOS: Híz y Gur.
- LONGINOS: bibliotecario del monasterio de San Acacio.
- LUCINIO: un esbirro asesino de leprosos.
- MARPESIO SILICIO: comerciante y constructor romano.
- MARCO: encargado del almacén de los muelles de Valentia.
- MARCO VITELIO: senador romano.
- NAZARIO: obispo de Valentia.
- NÉSTOR: viejo leproso, amigo del gobernador Cecilio.
- NEUFILA: lugarteniente de Genserico, de origen bretón.
- PEDRO: jefe del consejo ciudadano de Valentia.

- RENULFO: primer abad del monasterio de San Acacio.
RICIMERO: gobernante de hecho del Imperio romano de Occidente.
Bárbaro de origen suevo.
RUFINO: representante de Marpesio Silicio en Hispania.
SILVIA VALENTINA: esposa de Wulfric.
SIGEBERT: amigo y compañero de andanzas de Wulfric.
SIMPLICIO: papa.
SINESIO: dux, gobernador de Valentia.
SOLBENTHO: un soldado que se convirtió en árbol, según una leyenda.
TARBALÉS: príncipe alano, hijo de Atanasés y nieto de Atax, último rey alano.
TEODULFO: maestro jamonero del conde Gauterico.
TEODORO OFONIO: comerciante de Segovia.
THEOBDALD: noble visigodo padre de Wulfric, ya fallecido.
TEUDERICO: segundo hijo de Genserico y hermano menor de Hunerico.
TIGELINO: lugarteniente de Cecilio en Vulturia.
TRASARICO: lugarteniente de Wulfric en Segovia.
TREVERICO: hijo de Auderico, gobernador de Narbo.
TULIO LAVINIO: el prestamista más reputado de Valentia.
WITINGA: oficial visigodo de Segovia.
WULFRIC: héroe visigodo.
VAILOS: hijo de Wulfric y Silvia Valentina.
VALIARN: bucelario visigodo a las órdenes de Gauterico.
VENILIA: esposa de Cecilio, ambos leprosos.

CAPÍTULO I

¡Clinc, clinc, clinc!

¡Clinc, clinc, clinc!

¡Clinc, clinc, clinc!

A cada paso que daba el leproso, las campanillas que llevaba cosidas a los bordes de su sucio manto repicaban con insistencia para advertir a los viajeros del peligro que se aproximaba por el embarrado camino. Su único equipaje consistía en un largo cayado, que le ayudaba en su caminar y lo defendía contra los ataques de las alimañas, una calabaza hueca llena de agua, un ligero hatillo de trapo con un trozo de pan duro y algunos objetos personales, además de una fina manta que apenas le cubría el cuerpo para guarecerse del viento helado del invierno.

Había sido expulsado de su comunidad, una pequeña villa del norte, cuando se supo que padecía la enfermedad maldita. No le dieron tiempo para recoger sus más preciadas pertenencias. Fue arrojado de allí a punta de lanza y a pedradas. Desde entonces vagaba por los caminos y a punto estuvo de morir de hambre. Pero se tropezó con gente piadosa que le dejó algo de comida y agua al borde del camino, a una pruden-

te distancia. Y lo más importante: le informaron a voces de la existencia de Vulturía, una ciudad solo para leprosos que había prosperado mucho en los últimos meses.

Después de andar durante semanas, apenas le restaban un par de millas¹ para llegar a la ciudad prometida de los leprosos, donde, según le informaron, no solo podría refugiarse y librarse del acoso de los aterrados caminantes, sino que podría vivir dignamente y trabajar en su oficio de alfarero tal como lo hacía antes de enfermar.

Gracias a la intervención del conde Gauterico —a la sazón primera autoridad en Hispania en aquellas fechas—, el mismísimo rey Eurico, en agradecimiento a los servicios prestados por los leprosos, había declarado a la ciudad de Vulturía como zona franca para ellos, que pudieron abandonar sus infectas cuevas al borde del río Casuar² para trasladarse a la hasta entonces fantasmal Vulturía, la ciudad de los buitres, abandonada dos siglos antes tras ser asolada por la peste y que estaba ubicada sobre el despeñadero bajo el cual discurría el río.

Los leprosos lograron reconstruir parte de la ciudad con mucho esfuerzo, y en poco más de un año hacerla habitable. La noticia se extendió rápidamente y los enfermos que malvivían en lazaretos o perdidos por los caminos comenzaron a trasladarse a la renacida urbe, cuajada de todo tipo de artesanos, agricultores, ganaderos y hasta doctores, cirujanos y expertos en leyes.

Herminio, como se llamaba el leproso, avanzó por el camino, que se internaba en un pequeño bosque de encinas poco antes de desembocar en la desolada planicie que conducía a las puertas de Vulturía. Agradeció la protección de los árboles que le ofrecían una espesa pantalla contra el frío viento que lo ha-

¹ Una milla romana equivale a 1480 metros.

² Actual río Riaza.

bía azotado sin piedad durante las últimas horas. Anochecía con un cielo grisáceo que amenazaba con desplomarse sobre su cabeza, pero confiaba en llegar a la ciudad antes de que la oscuridad le impidiera continuar. Hasta hacía muy poco había podido contemplar en el aire las evoluciones de los buitres que habían dado nombre a la ciudad. Pero ya no se veía ninguno. A esas horas estarían acomodados en las cuevas de los imponentes riscos que el río formaba junto a la ciudad. Durante muchos siglos, en una época ya casi olvidada por la memoria del tiempo, los buitres fueron considerados dioses protectores. Entonces la ciudad se llamaba Saigosa, es decir, *posadero de buitres*. Era una de las villas más fuertes de los antiguos arévacos, uno de los numerosos pueblos que habitaban Iberia antes de la llegada de Roma. Saigosa estaba situada sobre una pequeña loma y muy bien amurallada. Desde sus torres se divisaba en toda su extensión la planicie que la abrazaba por el norte y el este. El sur y el oeste estaban protegidos por el gran tajo del río Casuar, al que podía descenderse por algunas peligrosas sendas y por pasadizos secretos que horadaban la montaña. Algunos de estos conducían hasta las mismas cuevas de los buitres, a muchos pies³ de altura sobre el río, pero otros llegaban hasta la ribera misma formando grandes oquedades.

Sin embargo, la ciudad inició el declive tras su conquista por las legiones romanas y los buitres comenzaron a considerarse vecinos molestos. Muchos años después la ciudad fue diezmada por una terrible peste, que se atribuyó a las carroñas que comían los buitres. Los pocos ciudadanos que sobrevivieron abandonaron la urbe para siempre al considerarla insalubre.

Pero eso había sucedido hacía siglos y muy pocos conocían la historia. Ni siquiera los leprosos, que un par de años

³ Un pie romano equivale a 30 cm.

atrás se instalaron en la más amplia de las cuevas cercanas al Casuar y que, poco después, con el permiso del rey visigodo, pudieron repoblar Vulturia.

El leproso, que avanzaba con dificultad debido al barro del camino que se le pegaba a los pies, sintió un golpe en el pecho y se palpó desconcertado. Un asta de madera se la acababa de incrustar justo debajo del esternón. No sintió dolor pero sí un terrible ahogo. Un segundo después, sin haber tenido tiempo de saber lo que sucedía, otra flecha le atravesó el cuello provocándole un gran destrozo en arterias y garganta. Cayó al suelo boqueando, herido de muerte.

Dos hombres abandonaron el bosque para salir al camino, armados con arcos. Uno de ellos cargó de nuevo su arma y apuntó al leproso, que permanecía inmóvil tirado boca abajo sobre el barro, pero el otro le puso la mano en el brazo para que desistiera.

—No hace falta. Ese ya no se levanta —dijo.

El primero asintió, bajó el arma y guardó la flecha en el carcaj de piel de cerdo. Después ambos volvieron a internarse en el bosque y desaparecieron.

El cadáver fue hallado a la mañana siguiente por los mercachifles que revendían los productos fabricados en Vulturia. Un grupo formado por una docena de ellos, que se dirigía con sus carretas al punto de encuentro donde debían recoger las mercaderías, se tropezó con el cuerpo en medio del camino. Apenas media milla más adelante se amontonaba, en el lugar prefijado, la carga de exquisita cerámica dejada por la comunidad de leprosos para que fuera recogida por los intermediarios. Esta era la única forma que tenían de vender sus productos, ya que nadie se aventuraría hasta la ciudad maldita para

comprar y tampoco a ellos, malditos por Dios, se les permitía acudir a los mercados.

Este sistema facilitaba el abuso por parte de los buhoneseros que se hacían cargo de las manufacturas vulturianas, pues las adquirían a muy bajo precio y las revendían a un precio más que razonable para su gran calidad. Consideraban los comerciantes que traficar con Vulturia los exponía a un grave riesgo de contraer la enfermedad. Pero no era más que una excusa para enriquecerse rápidamente, aunque muchos de ellos realmente consideraban que era arriesgado tocar objetos que habían estado antes en manos de leprosos.

Los comerciantes detuvieron los tres carretones, tirados por bueyes, y se acercaron a examinar el cadáver. Lanzaron gritos de espanto y se retiraron a toda prisa al comprobar que se trataba de un leproso.

A duras penas sacaron los carros del camino para rodear el cadáver y volvieron a la ruta poco después. Estaban a punto de salir del bosque cuando divisaron, en lontananza, el lugar fijado para el canje. Cargarían las mercancías y dejarían en su lugar la bolsa con el precio acordado.

Pero no tuvieron tiempo siquiera ni para esbozar una sonrisa al pensar en el magnífico negocio que estaban haciendo. Una lluvia de flechas cayó sobre ellos matándolos o dejándolos mal heridos. A continuación, tres hombres salieron del bosque y les cortaron el cuello uno por uno. Luego, con estacas y palos destrozaron el cargamento de cerámica.

El último trabajo de los asaltantes fue con los bueyes. Los degollaron igual que habían hecho con los hombres. Los poderosos animales se derrumbaron como montañas entre sordos mugidos. Luego prendieron fuego a las carretas y se escabulleron entre los árboles.

Comenzó a nevar.